

LAS MUJERES DE MI APRENDIZAJE (OTRO POEMA PEDAGÓGICO)

Elsa López

RESUMEN

El artículo trata de reflejar las vivencias que me embarcaron en la aventura de enseñar y cómo las mujeres que me rodearon desde la infancia hasta la edad adulta me señalaron con su ejemplo el camino a seguir. Ellas fueron claves en la formación de muchas mujeres que quedaron marcadas por esas grandes de la pedagogía y que deben su vocación a lo que ellas les inculcaron. María Goyri, Jimena Menéndez Pidal, María Elena Gómez-Moreno, Carmen García del Diestro, Josefina Aldecoa... y otros muchos nombres que pertenecen a la historia pedagógica de este país y no pueden ser olvidados. En este artículo he tratado de reflejar la huella que esas mujeres y otras muchas del entorno familiar o social dejaron en una generación como la mía. Ese testimonio es el que quiero que permanezca y por ello he escrito estas páginas que tienen más de memoria biográfica que de trabajo de investigación o análisis. Así he querido que sea.

PALABAS CLAVE: historia de la pedagogía, mujer y educación, género, investigación autobiográfica.

ABSTRACT

This article tries to reflect the experiences that made me start to teach and how the women that were around me since my childhood until my adult life showed me the path to take with their example. These women were key in the training of many others who were marked by those great pedagogues and which owe their vocation to what these women taught them. María Goyri, Jimena Menéndez Pidal, María Elena Gómez-Moreno, Carmen García del Diestro, Josefina Aldecoa... and many other names which pertain to the pedagogical history of this country and can't be forgotten. In this article I have tried to reflect the marks that those women and many others from their family or social surroundings left in a generation like mine. That testimony is the one I want to remain and that is why I have written these pages which have more of a biographical memory than a investigation work or analysis. This is how I have wanted it to be.

KEYWORDS: pedagogical history, woman and education, gender, autobiographical investigation.



DEDICATORIA

El Poema Pedagógico de Makarenko fue una de las razones por las que la enseñanza significó mucho en mi vida. Leerlo hizo que se produjeran algunos cambios respecto a lo que siempre creí que era mi vocación, la literatura. La lectura de ese libro hizo torcer mi destino y empujarme a la enseñanza y a la enseñanza de adolescentes con dificultades o sin ellas. Siempre lo supe. Ese era el camino. Encontrarlo ha sido lo mejor que me ha sucedido y, si así ha sido, es hora de agradecerlo a quienes lo hicieron posible. A Makarenko y a ellas, las mujeres de mi vida y de mi aprendizaje.

I

Mi madre poseía la mejor colección Austral de toda la Guinea Española. Nadie leía más que ella ni de forma más apasionada *Corte de amor*, de Valle-Inclán, *Capricho*, de Azorín, *Laura*, de Clermont, las memorias de Madame de Staël en *Diez años de destierro* o *El laberinto de las sirenas* de Pío Baroja, entre otros cientos de títulos que vuelven ahora a mi memoria. Nadie como ella era capaz de sentarse en la tumbona de madera del patio de atrás de la casa y pasarse horas y horas leyendo una novela o un libro de poemas. Mi madre lloraba a solas. Era costumbre en ella llorar a solas o bien con el libro cerrado sobre el pecho como si tuviera miedo a que alguien le arrebatara un secreto que solo ese libro guardaba en su interior, o bien de pie cerca de los balaústres de la terraza mirando hacia lo lejos por encima de los árboles del jardín mientras escuchaba el griterío que formaban los pájaros y los monos en el interior de la selva. Se quedaba quieta, muy quieta, como si aquella algarabía tuviera algún misterioso sentido para ella. Alguna vez vi sus hombros hacer movimientos extraños como si algo pesara sobre ellos o los golpeará. Siempre con un libro en las manos.

Alguna vez he contado cómo aprendí a leer con ella. Me leía en alto cosas que había escritas por las paredes: anuncios de transportes, de casas comerciales, de sacos de cacao, de bebidas, de abonos de importación que los agricultores y cosecheros del continente usaban en aquella época. Yo tenía dos años y ya decía «Nitrato de Chile» como quien dice «papá» o «mamá». Pero eso no era todo. Como ya he escrito en alguna ocasión, ella me leía en alto la publicidad de los medicamentos más comunes que aparecían en la farmacia de mi padre con letras de colores y también me leía las descripciones de pájaros y peces que venían escritas en las cajas de cerillas que vendían en los comercios. Hubo una época en que en las cajitas venían fotos o pinturas de animales con la descripción del país de origen, la especie a la que pertenecían y todo lo que era propio de esa especie. Mi madre me sentaba a su lado y me las leía con puntos y comas como si saber todo aquello fuera fundamental en nuestras vidas. Porque mi madre no era una madre que supiera jugar. Ni jugaba, ni me leía cuentos, ni me besaba por las noches. No la recuerdo haciéndolo. Pero sí la recuerdo sentada a mi lado en la cama mirándome fijamente y llorando o riéndose a carcajadas mientras yo repetía los nombres raros de todas las clases de peces y pájaros que poblaban el mundo.



Una tarde, paseando con unos amigos por las calles de Bata, yo caminaba sola delante de los mayores y Nosti, el ingeniero agrónomo que había escrito algunos libros de botánica con mi padre y era mi padrino de bautismo, escuchaba atentamente cómo yo leía en alto una de aquellas descripciones zoológicas. Leía el nombre de un ave y sus características. «Es asombrosa la memoria de esta niña –dijo–, se sabe todas las palabras sin dejar una atrás». Mi madre me quitó la cajita y me dio otra, y luego pidió otra a los acompañantes y volvió a dárme-la para que la leyera. No fallaba una. Ante el sombrero general, comprobaron que leía de verdad, que deletreaba perfectamente las palabras escritas. A partir de ese día me daban cualquier cosa, fueran cajas, folios, recetas o menús, para que yo leyera lo que estaba impreso en ellos. Y así fue cómo empecé a adentrarme en el universo de las aves y de los adultos.

II

La madre de mi madre, la abuela Tomasa, leía novelas de amor y del oeste. Las guardaba en una cómoda que había en su dormitorio. Era una cómoda alta de madera color castaño y tiradores de bronce en forma de lazos. Debajo de las enaguas y los camisones blancos, escondía las novelas. Cuando las acababa, iba a escondidas a una venta que había cerca de la casa y allí las cambiaba por otras nuevas. Un día descubrí el misterio de sus lágrimas repentinas y de sus sonrisas cómplices. Eran las novelas, las historias de amor y sobresaltos que había en ellas lo que despertaba aquellos sollozos repentinos, aquellos suspiros entrecortados de la abuela. Cuando nadie me observaba, yo me acurrucaba en su pecho con olor a polvos de talco y con el rabillo del ojo leía los párrafos que mi vista alcanzaba. Los suspiros de la abuela hacían estremecer las sábanas y sus grandes pechos subían y bajaban con mi cabeza sobre ellos pero, entremedias, podía alcanzar a leer los momentos sublimes descritos en esas novelas que provocaban el estremecimiento de aquella mujer que no tenía más vida que la que esos textos le ofrecían.

De esa manera aprendí a gustar del placer de la lectura. Conocí lo que eran besos y abrazos sobre el cuerpo de una mujer, las airadas amenazas de las amantes despechadas o el sabor de la venganza a golpe de pistolas desenfundadas en una calle desierta del oeste lejano. Eran historias maravillosas que en la imaginación de una niña de seis y siete años dejaban una huella imposible de borrar. Todavía hoy me estremezco al ver en un quiosco las pequeñas novelas reeditadas de Marcial Lafuente Estefanía o de Corín Tellado. ¡Ay, Corín Tellado, cómo despertaban sus novelas un abanico de posibilidades ante mis ojos y ante mi cabecita confusa e ignorante!

En aquellos años, a principios de los cincuenta, yo leía a escondidas debajo de la cama en la pequeña habitación situada entre el dormitorio de la abuela y la salita de estar. Era una habitación de paso. Y de paso, yo, pequeña y a cargo de mi abuela y mis tíos, debajo de aquella cama con una vela para empapar-me de historias que no entendía del todo pero que me servían para orientarme en el difícil acceso al mundo de los adultos donde podría algún día encontrar hombres altos, guapos



y dotados con una serie de virtudes que solo los hombres de verdad podían tener y que tanto se parecían a las de los príncipes de la colección Azucena, cuadernillos apaisados y de colores donde príncipes y princesas tenían un parecido escalofriante con las mujeres y hombres que la abuela escondía en su cómoda. Aquellos hombres tan guapos, de anchas espaldas, gran inteligencia y enormes ambiciones estaban rodeados de heroínas tan guapas como desdichadas pero siempre dispuestas al abrazo ardiente y al beso inmortal. Ellos eran los príncipes que toda adolescente precoz buscaba en su corazón.

La tía Maruca vigilaba esas lecturas y algunas noches venía, descalza y silenciosa, hasta mi cama, miraba debajo y me encontraba leyendo a la luz de una vela. Me quitaba el libro y me obligaba a volver a la cama. No decía nada. Movía la cabeza de un lado a otro con desesperación como si ya adivinara la imposibilidad de frenar aquella sed de aventuras y conocimientos.

III

La tía Maruca era la hermana mayor de mi madre. Vivía en la isla de La Palma con la abuela Tomasa. Cuando llegué de Guinea, ella se ocupó de mí y me cuidó con el mismo cariño que ponía en cuidar a su hijo mayor. Nos criaba a los dos juntos como si fuéramos de la misma camada. Nos llevaba a la escuela donde ella era maestra y allí nos enseñaba las mil cosas que una maestra tenía que saber aquellos años de posguerra en una escuela pública: desde las primeras letras y los primeros números a los más pequeños, hasta geografía, historia, religión y literatura a los mayores. Sus clases en la escuela de Mazo o de La Dehesa fueron un acicate para mí y una de las razones que marcarían mi vocación por la enseñanza.

Ella fue para mí un modelo de fortaleza y de ella aprendí a llevar a cabo lo que quería hacer sin que los demás pudieran interferir en mis decisiones. Su silenciosa presencia, su muda presencia, su carácter, su determinación y, sobre todo, la huella de su enorme personalidad, me enseñó, sin ella pretenderlo, a soportar las presiones del entorno, a elegir sin tener miedo al qué dirán y, fundamentalmente, a levantar la cabeza con la altanería de quien se sabe indefensa y tiene que luchar pese a todo y contra todos y que en boca de los hombres de la casa había quedado definida como una característica de las llamadas «Rodríguez» en clara alusión a la manera de ser de las dos hermanas mayores, mi madre y ella, dispuestas a no dar su brazo a torcer o a hacer lo que les diera la gana si creían que eso era lo que debía hacerse. No todas las mujeres de la familia materna tenían ese carácter, pero quienes lo poseían no se libraban de esa coletilla cada vez que se salían con la suya o daban su opinión o remarcaban su criterio aunque fuera sin pronunciar una sola palabra.

Luego llegaron las otras tías, las tías de Granada, las tías de La Castellana como llamábamos a las primas hermanas de mi padre que vivían en esa calle de Madrid, las tías de América y todas las mujeres de la familia que me contaban cuentos extraordinarios; que me recitaban poemas y me obligaban a



decirlos en voz alta. Canciones populares, romances, poemas de Lope de Vega, de san Juan de la Cruz, de Garcilaso, de Rubén Darío y de cientos de escritores que ocupaban las estanterías de las casas que íbamos ocupando sucesivamente mi madre, mi hermano y yo.

Granada fue un tiempo especial. Allí, en el carmen de San José, correteaba bajo la nieve y me calentaba luego en la mesa camilla escuchando las historias de la ciudad y los poemas que contaban esas historias. Desde la terraza veía La Alhambra mientras jugaba como si aquella portentosa mole formara parte de mi vida. En El Albaicín estaba la casa de la tía Concha, donde había vivido mi abuela Sacramento Gómez-Moreno. Era un carmen de tres plantas y un jardín cubierto de piedrecillas con una mesa de mármol en una de las esquinas. Allí, sentadas al atardecer, escuchaba las narraciones que María Elena, Natividad o Conchita sabían contar como nadie. María Elena hacía las voces de príncipes y doncellas con total maestría. Ella me enseñó a recitar de arriba abajo el romance de doña Alda: «En París está doña Alda / la esposa de don Roldán / trescientas damas con ella / para la acompañar», lo que hacía las delicias de propios y extraños en las meriendas familiares. Aún recuerdo a la perfección los tonos usados y todavía me gusta recitar ese romance en voz alta para deleite de los más pequeños de la casa.

La tía Carmen vivía en Nueva York y venía solo en vacaciones. Cuando se marchaba nos parecía que se trasladaba a otro planeta, si bien hablar de América era lo natural en un entorno donde la mayoría de los amigos habían tenido que exiliarse por razones políticas aunque nunca se hablara de política en las reuniones familiares y nunca oyera nada que recordara lo que planeaba sobre nuestras cabezas. Solo la mención de algunos nombres y del lugar donde vivían en esos momentos (siempre lejanos y misteriosos para mí) me hacían estar alerta o quizá fuera el cambio de tonalidad en las voces al pronunciar esos nombres lo que me daba una cierta medida de quiénes eran los mencionados en la conversación. Nunca supe del miedo ni del rencor en aquellas conversaciones. Ellas hablaban de la guerra civil que había pasado España con la misma naturalidad con que hablaban de las guerras púnicas. Solo alguna frase pillada al vuelo sobre el traje de novia de la tía Carmen, que había quedado colgado y sin estrenar en el armario de su cuarto, o la alusión a la fortaleza de mi padre, que caminó kilómetros sobre la nieve hasta recuperar el cuerpo de un hermano muerto en el frente de Granada, o el silencio que se establecía al preguntarles yo sobre quién era aquel joven cuya foto presidía el piano de la sala de estar en el que, tarde tras tarde, la tía Elena, madre de todas aquellas mujeres extraordinarias, tocaba mis piezas favoritas... Nadie hacía nunca comentarios sobre aquella foto. Solo una frase un día que insistí sobre el tema. «Era nuestro hermano pequeño. Murió en el frente de Madrid». La tía Elena dejó de tocar un día el piano. Fue la tarde en que se la encontraron dormida para siempre en el sillón de la sala de estar. Tenía cerca de cien años. Y si aprendí literatura sin darme cuenta, como si fuera lo más natural del mundo mencionar por un pasillo a Machado o a Góngora, también aprendí a escuchar a Schumann o a Beethoven a través de sus manos, que interpretaban las piezas más complicadas con la misma naturalidad con que envolvía en la



cocina la masa de las croquetas. Ella había llegado a mi vida dispuesta a sustituir a la abuela Sacramento, la madre de mi padre, a la que nunca llegué a conocer.

En la casa de La Castellana cenábamos a la misma hora niños y mayores. La solemnidad de esas cenas nos imponía un silencio que solo se rompía por la tos del tío Manuel Gómez-Moreno o por alguna observación que se hacía sobre el museo en el que trabajaba María Elena o el instituto donde daba clases de dibujo Natividad, que tenía su estudio en la azotea de la casa donde me llevaba algunas tardes para que le hiciera compañía mientras corregía los trabajos de sus alumnos o remataba, a pequeñas pinceladas, el retrato de mi madre. En las cenas se hablaba de gramática, del Greco o de las últimas opiniones de don Gregorio Marañón, al que esa tarde habíamos ido a visitar el tío Manuel y yo. Don Gregorio vivía enfrente y a veces íbamos los dos cruzando La Castellana a tomar café. Ellos bebían su café y yo me quedaba sentada junto al tío Manuel. Escuchaba y aprendía. Siempre aprendía algo nuevo aunque nunca lo supe. Lo que hablaban, lo que comentaban, quedaba grabado en mi memoria aunque entonces no supiera lo que significaba ni la importancia que tenía. Ahora lo sé, como sé que ellas, las tías, fueron las animadoras de mi espíritu.

Algunos domingos, las tías me llevaban al Teatro Real, me sentaban en una enorme butaca roja del palco donde estaban abonadas y María Elena me explicaba lo que iba a escuchar como si me contara un cuento o como si me recitara los largos poemas con los que Natividad me dormía cada noche. Y así me educaron en la música, en el silencio respetuoso, en el dominio del aburrimiento, en la admiración a los grandes intérpretes, a la comprensión de un acorde, una sonata o un aria de Verdi, en el respeto a las orquestas y a sus solistas, al asombro ante un coro o ante el espectáculo de las grandes óperas. Con ellas aprendí el romancero español y con ellas, ya en Madrid y con la tía Carmen unida al grupo, visitábamos en el Olivar de Chamartín (1) la casa de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri (2), ya muy mayores. Yo jugaba con Fernando y Elvira, hijos de Gonzalo y nietos de Ramón Menéndez Pidal. Fernando y Elvira eran algo mayores que yo pero me dejaban jugar con ellos al baloncesto en la pequeña cancha que tenían en un rincón del Olivar. Y mientras Natividad y Carmen hablaban con Gonzalo y su mujer, nosotros íbamos de un lado a otro recorriendo los pasillos y la pequeña salita donde don Ramón leía o sesteaba y su hija, Jimena, nos daba de merendar a los tres.

Nunca supe que aquellas tardes eran especiales o diferentes a las que tenían otras niñas de mi edad; ni comprendía, entonces, que ellas eran una huella más en mi cerebro predispuesto siempre a recoger y asimilar las enseñanzas que el destino me deparaba. Nunca olvidaré aquellas excursiones al Pinar de Chamartín, que parecían más salidas al campo que visitas a unos amigos que vivían en la ciudad y que ahora, con los años, asumo como un privilegio el haber podido vivir. Creo, realmente, que fue una suerte compartir aquellos días con gente tan extraordinaria aunque esas tardes me parecieran lo más natural del mundo. Oír hablar del Cid como quien oye hablar de un amigo cercano, escuchar de viva voz y en la boca de don Ramón las historias de doña Sol y doña Elvira y las vejaciones a las que fueron sometidas en los versos del *Cantar del Mio Cid*, es algo que todavía hoy, al recordarlo, me hace estremecer.



Jimena Menéndez Pidal (3) fue mi profesora años más tarde como lo serían María Elena o Natividad. Mi adolescencia en Madrid marca un antes y un después en la que fuera mi formación. No se puede renunciar al pasado ni creo que se deba porque también es un aprendizaje. De él extraigo nombres y acontecimientos que me ayudaron a ser lo que soy. Desde mis años en África pasando por los años vividos en las islas Canarias. Todos son una referencia que no puedo eludir. Y todos esos años están enmarcados con nombres de mujeres. Ellas son mi pasado, ellas son la referencia que me da la medida de lo que he sido y lo que he llegado a ser gracias a ellas. Y si hablo de ellas en estos momentos es para dignificar el trabajo que tantas mujeres anónimas realizan en la formación de los niños. Por eso he querido hablar, contar la aventura que significó tenerlas a mi lado y lo que su compañía determinó en mi personalidad y en mis conocimientos. Una a una. Desde la madre, la abuela materna y la tía Maruca, hasta las mujeres de la familia paterna que marcaron ese antes y ese después en mi formación. Y es ahí donde aparecen otros nombres de mujeres relacionadas con la enseñanza. Y es ahí donde debo colocar a Jimena Menéndez Pidal, a Carmen García del Diestro (4) o a Ángeles Gasset (5), coetáneas de la generación del 27 que se formaron como maestras en el Instituto-Escuela (6), verdadero laboratorio de pedagogía y que fundaron «Estudio» en la difícil posguerra, frente al modelo autoritario de la nueva escuela nacional católica, y con la España franquista como paisaje. Nombrarlas es más que una mención especial. Nombrarlas es nombrarme, es recordar el progreso de mi formación intelectual y humana. Y no solo la mía.

La fundación del Colegio «Estudio» supuso la pervivencia de las acciones emprendidas por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y de los centros creados en el primer tercio del siglo xx especialmente el Instituto-Escuela y la Residencia de Estudiantes. La vinculación entre estos centros estuvo basada en esa reforma pedagógica de la que formaron parte, así como en las personas que los dirigieron o que se formaron en ellos y que, a su vez, fueron parte de su profesorado.

Al decir en alto la palabra ‘Estudio’ me han llegado sus rostros, sus voces, su ropa y sus gestos. Son mujeres que marcaron mi adolescencia y me dieron valor para ser lo que soy. Son mis profesoras y son mis tías de La Castellana, tan unidas a las anteriores por lazos de amistad personal o por estar relacionadas entre ellas como antiguas alumnas de la Institución Libre de Enseñanza y luego como profesoras del colegio estudio por lo que me resulta difícil separarlas. De una en una, de dos en dos, como una extraña procesión o como si caminara por una galería de retratos y las fuera mirando por primera vez, ellas vuelven a mí y me hacen revivir aquellos primeros años de mi estancia en Madrid.

[...]

Mi vida había cambiado ciento ochenta grados al llegar allí. Yo era una adolescente deslumbrada por un mundo que en nada se parecía al que hasta entonces había conocido y todo lo que sucedía a mi alrededor tenía algo de especial



y extraordinario. Fue entonces cuando descubrí que mi rebeldía y mis actos de oposición no eran en nada diferentes a los que tenían mis compañeros, y, lo más importante, nadie se extrañaba por ello, pues eran actitudes habituales en una muchacha abierta a las cosas y a las ideas que la cercaban. Saber que podía opinar y opinar; saber que podía contestar cuando algo me parecía injusto y contestar; y, en fin, comprender que tenía una voz propia y podía usarla fueron las mejores conquistas que pude hacer aquellos años.

Ellas me ayudaron a comprenderlo.

Primero fueron las hermanas Gómez-Moreno: María Elena, Natividad y Carmen. Las tres. Cada una a su modo me fue enseñando las propiedades del mundo, sus mejores riquezas, el alma de las cosas que me rodeaban. Aprendí a leer romances, a mirar las constelaciones y repetir sus nombres uno a uno sin cometer un solo error. Me enseñaron a replicar sin necesidad de herir; a opinar sin obsesionarme con tener, o no, razón por el mero hecho de tenerla; a creer en mis propias iniciativas y en mis propias obras; a creer, fundamentalmente, en mí. Todo eso fue un poso que se fue depositando dentro y que tardaría años en salir. Pero ahí estaba.

Hubo otras mujeres que fueron ejemplo de lo que un día yo soñaba con llegar a ser. Eran mis profesoras de literatura, de historia, de ciencias naturales... Yo admiraba su fortaleza y su ánimo, y algunas veces imitaba sus gestos en lo que podía. No era sólo cómo se sentaban o cómo abrían un libro y pasaban las hojas, o cómo se volvían de espaldas a nosotros y escribían los nombres difíciles en la pizarra para que no los olvidáramos (Sigerico, Eurico, Alarico, Gesaleico, Amalarico... ¡Dios, no he conseguido olvidarlos!); o cómo y con qué facilidad dibujaban en un momento la planta de una iglesia románica o el alzado de una fachada renacentista; o cómo leían aquellos versos de Garcilaso y de Machado... No. No era sólo eso. Era mucho más. Con el tiempo llegué a imitar como pude aquella forma respetuosa de dirigirse a los alumnos sin necesidad de usar el usted; cómo acercarse a ellos con la sinceridad que merecen respondiendo a sus interrogantes, aclarando, en la medida de lo posible, la incertidumbre de sus corazones tan llenos de zozobras y misterios que había que desvelarles poco a poco; cómo hacerles, cómo obligarles a conquistar su propio espíritu, hacerlo razonable, crítico, incombustible al desaliento. Esos sí eran los gestos que yo deseaba imitar. Y las mujeres que me lo enseñaron estaban vivas en mi corazón y en mi memoria: Jimena Menéndez Pidal, María Elena Gómez-Moreno, Carmen García del Diestro, Mercedes Sos...

A unas las recuperé como buenamente pude: fotografías, pedazos de papel con notas al margen; una carpeta azul con cientos (miles me parecían entonces cuando las tenía que copiar) de fichas de literatura, de geografía, de arte; unas notas dentro de un sobre de cartulina gris marengo donde aparecían frases escritas con una letra redonda y clara: «Puede y debe mejorar... pone atención... habla mucho en clase... alimenta sin cesar el fuego de la conversación...» Una carta de la señorita Cuqui a la muerte de mi madre en la que recuerda mis ojos, enormes y brillantes, abiertos siempre de par en par; unas flores secas dentro de un libro amarillento de Espasa Calpe con un párrafo subrayado en el que se



citan las maravillas de una España desconocida y árida; un libro de romances dedicado por don Ramón Menéndez Pidal a una Elsa niña desperdigada por el jardín jugando al baloncesto con sus nietos, Elvira y Fernando, sin entender del mundo poco más allá de aquellos muros y sin saber aún nada de reconquistas o de miserias académicas; un álbum de hojas secas (¿por qué les gustarían tanto las hojas secas?) de diferentes formas con un nombre irrepetible debajo de cada una de ellas que la señorita Sos nos había obligado a recoger en la última excursión luchando contra el frío de Gredos y los parterres de La Castellana, que era donde a última hora encontrábamos la solución de nuestros problemas botánicos.

A otras las conservo intactas: una voz, unos versos de Lope, una sonrisa en el Museo del Prado delante de *Las Meninas*, un dedo en posición de firmes, una falda escocesa... Cosas pequeñas y tontas que se levantan delante de mis ojos como un gran ventanal por el que puedo, todavía, contemplar el mundo que he elegido para mí misma y para los míos».

Entre los recuerdos más vivos está el de Carmen García del Diestro, la señorita Cuqui para muchos de nosotros. Y sobre su figura escribí en el año 2007 el siguiente texto:

«[...] Menuda, vivaracha, siempre inquieta, como un pequeño vendaval llegó a mi vida de adolescente cuando yo era un pequeño animalillo asustado y lleno de energía que no acababa de posarse en lugar ninguno. Y así llegué al Colegio Estudio: sin domar, sin aliento, sin apenas un lugar donde cobijar tantos sueños. Y entonces apareció ella en el aula como un chorro de aire fresco puerta adentro revoloteando la falda plisada y un pañuelo de seda al cuello. De colores suaves creo recordar que era el pañuelo. Así llegaba siempre a clase. Luego te miraba y te hacía cosquillas el corazón. Sabía mirarte y verte. Eso era lo mejor: tener la sensación de que eras alguien, de que existías, de que tus palabras tenían un sentido al menos para ella.

Recuerdo su voz. Y recuerdo lo que escribía en los momentos difíciles al poner las notas («aprende deprisa, se interesa por los temas en clase, tiene un gran sentido de la responsabilidad...»). Siempre recordaré su letra redonda y uniforme dentro de aquella pequeña carpeta de cartulina gris y, sobre todo, recordaré su carta cuando murió mi madre: «En este momento pienso en tus ojos grandes mirándome muy abiertos en clase, siempre abiertos, como dispuestos a mirar el mundo. No dejes de hacerlo jamás. No quiero que pierdas nunca esa mirada, Elsa. Un abrazo. Carmen García del Diestro». Esas fueron sus palabras.

Aquel día lloré, no sólo por la muerte que me rodeaba, sino porque ella me había devuelto al pasado para recuperar a aquella adolescente llena de ilusiones y de miedos recién llegada a Madrid y a un colegio donde todo era diferente al mundo que hasta entonces había conocido. Sentir que a alguien le importaba lo que yo escribía, mi manera de hablar o de decir las cosas, me llenaba de orgullo. Era la primera vez que una profesora leía mis redacciones con la seriedad con que yo las escribía. Eso importaba. Y su tono seguro dándome aliento por encima de todo, también importaba.

[...] Mi generación recorrió el mundo con la imaginación y con un libro debajo del brazo. Aprendimos más leyendo que estudiando. Descubrimos más



leyendo que mirando. La lectura nos hizo libres, críticos y universales. Al principio fue sólo el asombro. Más tarde, en plena adolescencia, llegaría la toma de conciencia frente al mundo. La señorita Cuqui me lo enseñó.

De amor en amor, saltando por encima de la vida y de los años difíciles, las mujeres de mi alrededor fueron la clave para aprender sobre la vida y sus misterios. El placer de leer, el placer de imaginar lo que aún no alcanzas a vivir; las delicias de imaginar otros mundos, otras pasiones que encendieran tu imaginación, lo alcancé de la mano de mi madre, de mis tías, las Gómez Moreno, y de una mujer espléndida y llena de vitalidad que me dio las claves para espantar las pesadillas de mi corazón, para ahuyentar la soledad y saber crecer por dentro. Se llamaba Carmen García del Diestro, Cuqui para la memoria colectiva y para recordarla en su salsa, allí, de pie, delante de la pizarra o sentada encima de la mesa, recorriendo sin parar el aula de una punta a otra o atendiendo la puerta, las visitas, el jardín, el partido de baloncesto en el patio, las voces en la escalera... Entraba por la puerta y avanzaba ligera por el pasillo entre los asientos. Dejaba el bolso (los bolsos de Cuqui nos fascinaban porque siempre sacaba de ellos multitud de objetos que servían para algo: lápices, gomas, gafas, uno o dos pañuelos de múltiples colores, dos carteras diferentes, un estuche con plumas, afilador, un lápiz rojo y otro azul de igual tamaño y perfectamente afilados...), un manojo de fichas y una carpeta de cartón marrón del tamaño de las fichas que siempre dejaba entreabierta sobre la mesa para inquietud de todos los que observaban la maniobra. Luego la cogía, la colocaba delante de su pecho y apartaba las solapas de los dos lados; introducía en ella los dedos, y, como si tocara la guitarra, iba pasando las fichas una a una. Todos guardaban silencio. Esperábamos en silencio (en las clases de la señorita Cuqui siempre había silencio) a que en un momento dado parara el movimiento de los dedos y extrajera de la carpetita una ficha, sólo una, que era la que iba a abrirnos el universo. En lo alto había un título subrayado en rojo que ella leía de forma solemne. Era como el anuncio de un ritual, de una ceremonia religiosa. «Antonio Machado», decía, por ejemplo.

Y ese era el momento. El gran momento a partir del cual se abría la caja de los milagros y todos los misterios del mundo quedaban al descubierto. Uno debería de vez en cuando pararse a reflexionar sobre quiénes o qué cosas y circunstancias marcaron sus aficiones y tendencias como lectora y como ser humano. Yo sé claramente, a estas alturas de mi vida, quiénes fueron esas personas y qué debo a cada una de ellas. Qué rasgos de mi carácter, qué costumbres y qué vicios. A la señorita Cuqui le debo una gran parte de mi afición a leer y la mayor parte de mi afición a escribir y, lo más importante, le debo lo que aprendí en aquellos textos que nos obligaba a leer y a comentar. Ella me ayudó a entender el mundo, a rebelarme, a evolucionar hacia una idea más abierta y generosa de los otros. Oír los sonetos de Lope de Vega leídos por ella cuando éramos aún adolescentes y poder descubrir que el amor eran tantas cosas a la vez; sentir como nuestro aquel «quien lo probó lo sabe» y, de algún modo, intuir o saber que ella lo había probado, fueron como una lección de vida que no tiene precio ni nadie podrá pagar por ello. Saber hoy que aquel cuerpo menudo leía los poemas de Góngora o de Fray Luis de León con la pasión de quien ha padecido en su propia carne las sensaciones descritas es un buen aprendizaje y una hermosa herencia.



Ella lo sabía y nos leía con la pasión de quien ama y sabe muy bien lo que el amor significa. Yo lo aprendí gracias a ella. Amaba a través de las lecturas y escribía, ya entonces, mis primeros poemas de amor. Y no sólo eso. Ella hizo que aprendiera a leer de manera diferente, a resumir lo que leía y a juzgar lo que otros habían escrito. Ella nos enseñó algo tan importante como el que leer es abrirse caminos hacia lo desconocido. Es iluminar los rincones oscuros de nuestra alma. Que un libro puede significar muchas cosas: compañía, descanso, aventuras, ocasiones nuevas de ser y de vivir. Un libro nos da la posibilidad de inventar la realidad, la posibilidad de construir un mundo diferente al que nos rodea. Al leer, tú puedes imaginar los personajes, el color de su pelo, la forma de sus ojos, etc. Ser tú el autor, recrearte con él. Ese es uno de los placeres de la lectura: poder quedarte inmerso entre las hojas de un libro, bucear dentro de él y descubrir por ti mismo lo que esas hojas encierran.

Pero no acababan ahí sus enseñanzas. Nos llevaba de la mano a encontrarnos con los autores que en clase descubriría ante nosotros. En las excursiones que planificaba con Jimena Menéndez Pidal, María Elena Gómez Moreno y José Luis Bauluz, nos conducía por las dos Castillas, La Rioja, Extremadura o Andalucía de la mano de aquellos que habían escrito sobre esos lugares. Así fue cómo caminé por las calles de Córdoba de la mano de Góngora y de Averroes, por las esquinas de Toledo con Bécquer y sus leyendas, por Salamanca con Unamuno, por Soria con los poemas de Antonio Machado, por Huelva con Platero y Juan Ramón Jiménez, por Barcelona de la mano de Cervantes y un capítulo inolvidable de El Quijote que más tarde me ayudaría a leerlo con alegría y sin prisas... Con ellos y las fichas de la señorita Cuqui, conocí una España que pocos de mi edad conocieron entonces. Era la otra España. La mágica, la oculta, la llena de leyendas, romances y misterios, la triste, la de quien nadie hablaba en discursos ni protocolos y sólo unos pocos habían sabido mirar con los ojos de dentro.

En esos viajes nos cargaban con fichas donde habíamos dibujado plantas de iglesias y arcos de medio punto; en las que habíamos escrito con pelos y señales los colores y las perspectivas de Zurbarán o del Greco; en las que habíamos anotado los nombres de todos los ríos y afluentes que hallaríamos a nuestro paso. Aún las guardo. Y guardo también las citas de los filósofos y poetas que nos acompañaban en aquellas excursiones. Los que aún me acompañan cuando camino por el mundo y pienso, agradecida, en quien me enseñó de esa manera tan generosa y tan especial a conocerlo, a conocerme y a no poder olvidarla».

V

Y en el largo proceso educativo que abarca desde los dos o tres años a los dieciocho coincidiendo con mi entrada en la universidad, las mujeres de mi entorno escribieron las mejores páginas. Un largo y maravilloso poema del aprendizaje al que pude poner un nombre años más tarde cuando leí a Makarenko y su hermoso Poema pedagógico. Así había sido el mundo que me había rodeado en la infancia y en la adolescencia: un verdadero prodigio de amor y sabiduría. Años más tarde conocería a Josefina Aldecoa, quien de nuevo volvería a marcar las diferencias entre



enseñar y dar clases. No fue profesora mía, pero sí una amiga y un modelo a imitar. Sus palabras fueron una guía para mí durante los casi cuarenta años que estuve en la enseñanza y aún lo siguen siendo.

«Había rozado la magia de una profesión a la que he dedicado la mitad de mi vida... He tenido siempre clara la idea de la educación vivida en la escuela de la República, una época impregnada de los principios y las aportaciones de la Institución Libre de Enseñanza. Yo había vivido todo eso. Después influyó, naturalmente, mi formación personal, literaria, humana, filosófica y de todo tipo, que no dejaba lugar a dudas. Eso lo tenía claro. Lo que estaba experimentando al defender estos valores de una forma práctica, en relación con los niños, eran los modos de hacerlo... Al volver de Estados Unidos mi propósito fue abrir un jardín de infancia, una escuela. Eso fue entre 1958 y 1959, tras mi estancia en Nueva York. [...] Fue en ese jardín de infancia donde puse en práctica los métodos con que soñaba, la idea de hacer una escuela viva, activa, donde se diera una importancia primordial a la creatividad, donde a los niños se les permitiera y ayudara a desarrollar sus capacidades en libertad. Una escuela donde hubiera libertad de conciencia. Quería una escuela donde tampoco a los padres se les impusieran determinadas enseñanzas... Inicialmente fueron veinte niños. Después el número creció y los chicos también crecieron. La experiencia fue preciosa».

A veces caminábamos por Madrid y acabábamos sentadas en aquel bar en un pequeño sofá de hule verde que había pegado a la pared. Allí descubríamos otros paisajes y hablábamos del mundo que no nos dejaban vivir y que lo hacíamos nuestro a pesar de todo: Sartre, París, Simone de Beauvoir... Yo no hablaba casi. Escuchaba y aprendía, sobre todo de Josefina, que era discutidora y vibrante. Sus palabras sobre pedagogía o sobre ética me parecían claves para entender el proceso que ellos requerían para que se produjera un cambio en España. En aquel bar, en la mesa de la esquina según se bajaba a la derecha, el mundo se hacía pequeño y abarcable y más fácil de entender para quien, como yo, había comenzado una carrera en la enseñanza en un colegio que tanto tenía que ver con los ideales pedagógicos de Josefina. Por aquella época yo era profesora en el Colegio Estudio, heredero del Instituto Escuela y de la Institución Libre de Enseñanza; lo más parecido a sus sueños de formar un equipo de educadores para el colegio que había fundado y dirigía en Madrid desde 1959, el Colegio Estilo.

Situado en la zona de El Viso, el Colegio Estilo nació inspirándose en las tesis pedagógicas de Josefina; en los colegios que había visto en Inglaterra y Estados Unidos y en las doctrinas de la Institución Libre de Enseñanza, ideas educativas derivadas del krausismo. En el libro *La enseñanza: hablando con J.R. Aldecoa*, una entrevista realizada por Francisco J. Satué y publicada en Madrid por la editorial Acento en 1993, encontramos la mayoría de estas aspiraciones pedagógicas; sus fundamentos; sus ideales como maestra y de cómo transmitirlos a sus alumnos. Porque la enseñanza para ella era un oficio, no un ejercicio. «La profesión es un ejercicio, el oficio es una pasión», solía decir. Y así lo confiesa en el prólogo de este libro. Su libro, *Historia de una maestra* (Barcelona. Anagrama, 1991), basado en parte en la vida de su madre y en la obra que realizaron los maestros en los años de la República, se ha convertido en un referente para muchos educadores.



Josefina escribe y declara (como hacía siempre en sus libros, trataran de lo que trataran, ya fueran novelas, biografías o entrevistas) los principios fundamentales de su pedagogía: una mezcla de ideología y sentimiento; de razón y de valores morales. En él describe con tristeza las amargas de una maestra en los años previos y durante la guerra civil española; una historia de guerra, de amor, de pequeñas heroicidades cotidianas de dos maestros españoles en los años de la República; la historia sencilla pero terrible de una maestra de escuela de octubre de 1923 a julio de 1936. El libro está dedicado a su hija Susana y la protagonista, Gabriela, no es otra que su madre, una figura clave para entender los caminos pedagógicos que Josefina elegiría. A partir de la lectura de este libro cobran sentido muchas de las palabras pronunciadas en su vida profesional tales como Institución Libre de Enseñanza, Giner de los Ríos o Instituto Escuela. Josefina llevará a cabo el sueño de Gabriela de hacer una verdadera reforma en la enseñanza, una reforma como aquella que intentó hacer la República con las misiones, la coeducación, etc.

De Josefina Aldecoa recuerdo su pasión por la palabra, el espíritu de crítica y la necesidad constante de analizar cualquier situación. Todo lo que emerge de sus textos y que indica que la literatura y la enseñanza eran su razón de existir. Todos la conocen como editora, como escritora o como conferenciante, pero yo la conocí, fundamentalmente, como pedagoga. Para los que comenzábamos en aquellos años tan difíciles la tarea de enseñar, Josefina Aldecoa fue la mujer que simbolizaba las nuevas corrientes pedagógicas; la pionera a la hora de levantar una escuela de pequeños librepensadores. La enseñanza era para ella como un impulso natural de ayudar a la gente y había un tema que le preocupaba y comentaba con frecuencia: el problema de la consideración social del educador y la forma en que se ha pretendido revalorizar la profesión cambiando el término maestro por el de profesor. A ella le gustaba reivindicar la palabra «maestro» y afirmaba que los maestros eran la salvación del país.

VI

Desde Jimena Menéndez Pidal, pasando por Josefina Aldecoa y llegando a cualquiera de esas mujeres anónimas que entregaron su vida a cuidar, educar y velar por la salud mental de millones de seres humanos, la enseñanza ha recorrido un camino especial lleno de alegrías, sinsabores y esfuerzos que las mujeres de este país han sabido manejar con verdadero dominio de la situación a que se enfrentaban. Yo he conocido a muchas de las grandes. He sido alumna y compañera de muchas de ellas y con ellas aprendí y recorrí ese camino. Pero antes hubo otras: la abuela, mi madre, las tías de Canarias y las tías de Granada... Mujeres anónimas que colocaron en mi espíritu la semilla de la curiosidad, el gusto por la lectura y el amor al conocimiento. A ellas les debo lo que soy y cómo soy y a ellas van dedicados estos recuerdos y la finalidad de este trabajo de memoria y afecto.

En el proceso de formación de la gran mayoría de los niños del mundo, la figura femenina ha sido fundamental durante siglos. Ellas han establecido las normas de convivencia, el prototipo de educación moral que debía presidir



la sociedad y la manera de comportarse en ella. Las maestras son el prototipo. Ellas nos enseñaron a leer y a escribir, a multiplicar, a recitar en voz alta y a memorizar los ríos y las montañas que nos rodeaban. Ellas se encargaron de transmitirnos valores y costumbres. En algunos casos, fueron las encargadas de inculcarnos las peores consignas que el régimen quería que se transmitieran de generación en generación y pensaba que éramos nosotras las que debíamos hacerlo. La Sección Femenina es un buen ejemplo de ello. Pero no era todo así en la España de los cincuenta. Muchas mujeres de la enseñanza hicieron de la libertad una consigna. Las herederas de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto Escuela, del Colegio Estudio o del Colegio Estilo se encargaron de transmitir valores diferentes a los que el régimen pretendía enseñarnos. Nombrar a María Goyri, a Jimena Menéndez Pidal o a Carmen García del Diestro es nombrar una nueva manera de enseñar, unos nuevos métodos que aplicar en los centros de educación para mejorar la calidad de la enseñanza. Hablar de ellas, como hablar de Josefina Aldecoa o de María Elena Gómez Moreno, es hablar de unas mujeres que fueron un referente para miles de estudiantes que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos.

La pregunta que me surge ahora, pasado el tiempo y mirando hacia atrás con la objetividad que me permiten los años y los criterios adquiridos, es por qué fueron mujeres las que marcaron mi vida educativa; qué características las distingue; qué hay entre ellas que las asemeja y las convierte en un referente tan particular. Las respuestas se me agolpan en la cabeza. Pienso que la enseñanza en muchas culturas ha estado en manos de los hombres. Ellos han «educado» al grupo, les ha dado normas y consignas que le han permitido sobrevivir en diferentes medios. La cohesión del grupo suele estar limitada por esas normas que los hombres de la tribu han transmitido durante siglos con mayor o menor fortuna a los miembros que la componen. Con más o menos adornos, las culturas se parecen en ese tema concreto. Sean tribus primitivas o sean grandes sociedades evolucionadas, los hombres han marcado los usos de la comunidad dictando leyes y enseñando a cumplirlas.

Los comportamientos sociales como los comportamientos morales de la comunidad han sido enseñados por los hombres del grupo al que pertenecemos. Así, a grandes rasgos, es lo que percibimos. Pero hay algo sutilmente oculto en nuestro cerebro durante siglos pero que está ahí y emerge en ocasiones dándonos una señal de aviso: la educación que millones de mujeres han transmitido de una manera en apariencia insignificante pero realmente crucial para la formación cultural y social de la comunidad en que viven. Ellas, las madres de la tribu, nos han enseñado a sobrevivir, a leer en las cosas menudas, a entender el comportamiento de las cosas pequeñas que nos rodean. Ellas nos han enseñado las primeras letras, las primeras palabras, los primeros signos, los primeros pasos, el comportamiento familiar y social a seguir, el saber aprender y asimilar las lecciones magistrales de los hombres del grupo y, fundamentalmente, a sobrevivir pese a todo.



APÉNDICE (*)

1.- EL OLIVAR DE CHAMARTÍN

En 1917 José Castillejo Duarte (1877-1945), un intelectual manchego casado con la londinense Irene de Claremont, catedrático de Derecho Romano y discípulo y continuador de Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío, promovió la idea de vivir en entornos rurales, a las afueras de Madrid, y compró el llamado Olivar del Balcón, situado en el antiguo pueblo de Chamartín de la Rosa. El olivar había sido testigo de la presencia de Napoleón en Madrid en 1808 y conservaba más de doscientos olivos centenarios, tomillo, romero, cantueso, jaras, lavanda... y toda una serie de plantas típicas de la flora autóctona del Guadarrama. Castillejo animó a otros intelectuales a vivir en el olivar. Así, el científico Ignacio Bolívar, creador del Museo de Ciencias Naturales, el filólogo Ramón Menéndez Pidal y el escritor y académico Dámaso Alonso construyeron allí sus casas, creándose una pequeña colonia de intelectuales en pleno campo que generaron una atmósfera de amistad y creatividad que halló en el olivar un hogar bucólico por el que pasearon, conversaron y cavilaron personalidades como Antonio Machado, Manuel Azaña, Juan Negrín, Alfonso Castelao, Bartolomé de Cossío y muchas otras figuras de la ciencia, la cultura y el arte españoles.

«En una suerte de Arcadia suburbana, aquellos próceres, comprometidos con la creación intelectual española y con modos de vida naturistas –eran enamorados de la Sierra del Guadarrama–, alumbraron en 1917, entre los olivos y los jardines perfumados a la manera serrana, una institución de enorme alcance en la política cultural: la Junta de Ampliación de Estudios que vendría a aplicar a la cultura española los ideales de la Institución Libre de Enseñanza con la impronta progresista y regeneracionista del librepensamiento». De las cavilaciones de los anfitriones e invitados del olivar surgieron iniciativas como el Centro de Estudios Históricos, la Residencia de Estudiantes, el Instituto Escuela y la Escuela Española de Roma. Con la guerra civil, muchos de sus frequentadores se exiliaron.

2.- MARÍA GOYRI (MADRID 1874-MADRID 1954)

Hija natural de Amalia Goyri, una persona de gran carácter y gran cultura, que educó a su hija sin tener en cuenta las convenciones de la época, la inscribió en un gimnasio y a los doce años la matriculó en la Escuela de Comercio. Era de familia vasca, pero instalada desde los cinco años en Madrid. A los 16 años empezó a estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras (curso 1891–1892) como oyente, sin matricularse, pidiendo autorización al Ministerio de Fomento para abrir una matrícula femenina. Se le concedió para el curso siguiente, pero con la condición de no permanecer en los pasillos, entrar en el aula junto al catedrático, y no sentarse en clase junto a sus compañeros, sino en una silla al lado del profesor. Fue una de las primeras mujeres que obtuvo la licenciatura de Filosofía y Letras, en 1896; consiguiendo el doctorado en 1909.



Conoció a Ramón Menéndez Pidal en una conferencia que dio Marcelino Menéndez Pelayo en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo, y se casó con él en 1900. Su viaje de novios fue por los pueblos de la ruta cidiana, recogiendo versiones de romances hispánicos de tradición oral. La labor filológica de Menéndez Pidal contó con la colaboración de su esposa en ediciones como la de *La Serrana de la Vera*, de Vélez de Guevara, de 1916, o en el *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*, que ella no llegó a ver publicado, toda vez que comenzó a publicarse en 1957, tres años después de su muerte. Son obra suya los ensayos incluidos en *De Lope de Vega al Romancero*, publicados en conjunto en 1953, pero iniciados en los primeros años del siglo.

Tuvo tres hijos de su matrimonio: Ramón, que falleció en la niñez, Jimena y Gonzalo. Participó en las tareas docentes del Instituto Escuela de segunda enseñanza, creado en 1918, junto a María de Maeztu, redactando los programas de enseñanza del español para niños de ocho a diez años y siendo nombrada el 23 de octubre de 1933 vocal del Patronato de dicha Institución junto a José Gabriel Álvarez Ude, Blas Cabrera, Luis Calandre, Antonio García Tapia, Inocencio Jiménez, María de Maeztu, Luis Zulueta y Escolano. Trabajó hasta la guerra civil en la Institución Libre de Enseñanza. Colaboró con una sección propia, titulada «Crónicas femeninas», en la *Revista Popular*. Trabajó hasta la guerra civil en la Institución Libre de Enseñanza.

La guerra civil sorprendió al matrimonio María Goyri y Ramón Menéndez Pidal, en su casa de campo de San Rafael (Segovia), junto a su hija Jimena, su yerno, Miguel Catalán, y su nieto, Diego Catalán, en zona controlada por los militares que se habían alzado contra la República. Los bombardeos de las avionetas de Cuatro Vientos les obligaron a huir hasta El Espinar y, más tarde, a Segovia. En el Archivo General de la Guerra Civil Española consta que desde Burgos, donde estaba la Junta de Defensa Nacional al mando de Franco, pidieron el 2 de julio de 1937 a las autoridades de Segovia «un informe amplio y ecuánime de las actividades así como la ideología política antes del Glorioso Movimiento Nacional» de los miembros de la familia Menéndez Pidal-Catalán. «Interesa también sean vigilados de un modo discreto, así como las amistades que operan alrededor de esta familia. En caso de que convenga le sea intervenida la correspondencia». En el informe que se remitió a Burgos dicen de Ramón Menéndez Pidal: «Presidente de la Academia de la Lengua. Persona de gran cultura, esencialmente bueno, débil de carácter, totalmente dominado por su mujer. Al servicio del Gobierno de Valencia como propagandista en Cuba»; y de María Goyri: «Persona de gran talento, de gran cultura, de una energía extraordinaria, que ha pervertido a su marido y a sus hijos; muy persuasiva y de las personas más peligrosas de España. Es sin duda una de las raíces más robustas de la revolución».

Al acabar la guerra, el Instituto Escuela y todos los centros docentes auspiciados por la Junta para Ampliación de Estudios de ideas liberales y educación mixta fueron prohibidos, y a los maestros se les prohibió ejercer su magisterio. María Goyri, apartada de la docencia, se dedicó hasta el final de su vida a investigar, recopilar y sistematizar las diferentes versiones de romances de la tradición oral para el Archivo del Romancero, y escribió artículos como «Aplicación del modelo romancero de análisis a la balada vasca: bereterretxen khantoria», entre otros, y dio cima a sus libros *De Lope de Vega al Romancero* y *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*. Su correspondencia con los investigadores e hispanistas de todo el mundo en los que



se da cuenta pormenorizada y generosamente de los hallazgos, sus notas, escritos y artículos inéditos se custodian en la Fundación Menéndez Pidal, en el Olivar de Chamartín, donde vivió y trabajó desde 1917 hasta su muerte, en 1954.

3.- JIMENA MENÉNDEZ PIDAL (1901-1990)

Hija de María Goyri y de Ramón Menéndez Pidal, se formó en la Institución Libre de Enseñanza, donde acudió a las clases de Francisco Giner de los Ríos, quien marcó su trayectoria. Obtuvo la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid. Trabajó activamente en el Archivo del Romancero junto a su padre, realizando investigaciones en torno al *Romance del Conde Niño*. Fue profesora de Juegos en el Instituto Escuela y en 1933 fue nombrada directora de la Sección de Párvulos en el nuevo edificio de la Colina de los Chopos. El 18 de julio de 1936 Jimena Menéndez Pidal y Miguel y Diego Catalán estaban en la casa familiar de San Rafael y en la confusión de los primeros días de lucha se refugiaron en Segovia, donde pasaron el resto de la guerra. Jimena y Fernanda Troyano de los Ríos educaron a sus hijos y a los de un grupo de amigos en una escuela sin aulas cuyos escenarios fueron la naturaleza y la ciudad. Allí nacieron las fichas y el Auto de Navidad del futuro Colegio Estudio.

Terminada la guerra civil, junto a su marido, el científico Miguel Catalán espectroscopista de reconocido prestigio internacional, y un reducido grupo de intelectuales, de los que destacaron Ángeles Gasset y Carmen García del Diestro, cofundó el Colegio Estudio en 1940, una versión resistente durante la dictadura franquista de la formación y pedagogía de la Segunda República, creado para defender el modelo pedagógico perseguido por el franquismo: una escuela que mantendría la neutralidad filosófica, política y religiosa y cuyo fin sería la formación integral del alumno y donde ejerció su actividad como pedagoga el resto de su vida. En la década de 1980, ya octogenaria, inició el proceso de reforma del sistema pedagógico y organizativo del Colegio Estudio con nuevos métodos, recursos y actividades que le permitieron mantener la vigencia y prestigio del centro. Fue directora de Estudio de 1940 a 1990.

4.- CARMEN GARCÍA DEL DIESTRO (1908-2001)

Se educó en una familia de profesionales liberales de Santander vinculados al ambiente científico del París de principios de siglo a través del Instituto Pasteur. En 1934 viajó a Alemania en calidad de pensionada de la Junta para Ampliación de Estudios, con cartas de presentación para visitar diversos centros escolares. Formó su pensamiento pedagógico en el Instituto Escuela, donde fue profesora en la Sección de Letras de Primaria bajo la dirección de María de Maeztu y de María Goyri. Durante la guerra civil, bajo la dirección del Ministerio de Instrucción Pública, dirigió el centro escolar Lina Odena, perteneciente a la Federación de Pioneros en Madrid. En el verano de 1939 Jimena Menéndez Pidal le propuso contribuir a la fundación de Estudio. En 1940 fundó el Colegio Estudio junto a Jimena Menéndez Pidal y Ángeles Gasset. Dedicó su vida por entero a la tarea de dirección, a las clases de



Lengua e Historia de la Literatura y a la educación de sus alumnos a través de las múltiples actividades escolares características de esta tradición pedagógica.

5.- ÁNGELES GASSET DE LAS MORENAS (1907-2003)

Se educó en una familia de periodistas y políticos liberales comprometida con la labor de regeneración cultural del país desde 1868. Eduardo Gasset y Artime, su abuelo, fue fundador de *El Imparcial* y formó parte de la primera junta directiva de la Institución Libre de Enseñanza. Su pensamiento pedagógico se forjó en el Instituto Escuela, donde cursó el bachillerato (1918-1925) y fue profesora de Párvulos (1927-1936). Mantuvo estrecha relación con María de Maeztu, directora de la Sección Preparatoria del Instituto Escuela, así como directora de la Residencia de Señoritas, grupo femenino de la Residencia de Estudiantes. Ángeles Gasset viajó a París, al frente de un grupo de niños republicanos refugiados, junto a Teresa García del Diestro. Pasó parte de la guerra civil en París, en la casa de su primo, el filósofo José Ortega y Gasset. Desde allí volvió a Burgos, donde fue nombrada maestra en la escuela de Albaina. El influjo de todo este ambiente intelectual y pedagógico fue decisivo. En el verano de 1939 contribuyó a diseñar el proyecto de Estudio, del que fue directora hasta 1990, y se dedicó a la sección de Párvulos, donde introdujo la pedagogía del títere. Fue autora de guiones y libros que versaban sobre este tema. En Cuenca mantuvo una fructífera relación con Zóbel, Torner, Sempere y otros pintores abstractos.

6.- EL INSTITUTO ESCUELA

El Instituto Escuela (1918), una de las realizaciones pedagógicas de mayor trascendencia del mundo liberal, fue un centro educativo creado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907), organismo cuyas iniciativas estuvieron directamente inspiradas por la Institución Libre de Enseñanza (1876). En el seno de la Junta para Ampliación de Estudios se crearon, entre otros centros, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales (1910). El influjo pedagógico y científico de estas instituciones, dentro del contexto de reformas y acciones coordinadas emprendidas por la Junta, impregnó el panorama cultural de la España de la época y contribuyó decisivamente a que esta alcanzase la que se ha llamado Edad de Plata de la cultura española. El Instituto Escuela fue uno de los escenarios que reunió a una generación de profesores cuya tarea culminó con el impulso dado a la educación por algunos gobiernos de la II República. En aquel mundo que bullía de pedagogía coincidieron y se formaron Jimena Menéndez Pidal, Ángeles Gasset y Carmen García del Diestro, en las Secciones de Párvulos y de Primaria, bajo la dirección pedagógica de María de Maeztu y de María Goyri. Se formaron en la pedagogía intuitiva de la Escuela Nueva, en los originales métodos y procedimientos del Instituto-Escuela. La guerra civil fue una terrible desgarradura que hizo desaparecer bruscamente el Instituto Escuela y truncó el impulso innovador que los pedagogos de la Institución llevaban adelante.

Fecha de recepción: septiembre de 2014; fecha de aceptación: diciembre de 2014



BIBLIOGRAFÍA

- HISTORIA DEL OLIVAR DE CHAMARTÍN II (desde 1936), por David Castillejo y Diego Catalán. EL OLIVAR DE CHAMARTÍN, El País. Madrid. Jueves, 28 de julio de 2005.
- ADANAE Asociación de Antiguos Alumnos de Estudio:
CENTENARIO DE CARMEN GARCÍA DEL DIESTRO (1908-2001). Curso 2008-2009.
N.º 19.- Junio 2013: Jimena MENÉNDEZ PIDAL. Curso 2012-2013.
- BURGUEÑO, María Jesús, El colegio «Estudio»: una aventura pedagógica en la España de la posguerra. Revista de Arte – Logopress, Madrid 2009 [13/9/2009].
- CATALÁN, Diego. El archivo del romancero: historia documentada de un siglo de historia. Madrid. Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001.
- LÓPEZ, Elsa. Me han venido a la memoria, «Estudio» curso 2001-2002, Mayo 2002. Madrid, 2002. [Págs.12-15]. Mi señorita Kuki. «Estudio» Boletín de Actividades. N.º 15. Centenario de Carmen García del Diestro (1908-2001). Madrid, Febrero de 2009. Josefina Aldecoa: la pasión de enseñar Cuadernos del Ateneo n.º 32. Ateneo de La Laguna.Tenerife, 2013 (En prensa).
- PÉREZ GALÁN, Mariano. La enseñanza en la Segunda República española. Madrid, Edicusa, 1979.
- PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín, Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel. Miguel Catalán, su obra y su mundo. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Fundación Ramón Menéndez Pidal, 1994.
- SIMÓN PALMER, Carmen, Escritoras españolas del siglo XIX, Madrid, Castalia, 1987.
- SOMOLINOS, Germán. El Instituto-Escuela. Boletín de la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto-Escuela y de la Residencia de Madrid; Grupo de México. Circular n.º 37; 7 de junio de 1961.

(*) Las notas del apéndice han sido elaboradas con ayuda de Wikipedia y las conferencias y artículos de prensa citados en la bibliografía.

